

Por: Juana Andrade

Postgrado Ecología. Universidad Central de Venezuela

No sólo las obras más agresivas y perjudiciales para el medio ambiente vienen de la mano del hombre, también las acciones de conservación más eficaces surgen de su iniciativa y proceder. Es un hecho que aquellas cosas que el hombre siente como suyas y de las cuales conoce su valor, son quizás de las que mejor uso hace y sobre todo, a las que más cuida y salvaguarda de cualquier daño. Las poblaciones humanas dependen en gran medida del recurso hídrico, especialmente del llamado **continental o agua dulce**, y si a esta dependencia, le sumamos la enorme riqueza de especies que allí habitan, estos ambientes harían méritos más que suficientes para convertirse en uno de los tesoros más valiosos para el hombre, y se verían beneficiados de su cuidado y protección. Pero, ¿cómo lograr que un ser humano conserve lo que no conoce? Tal vez si fuera de interés y conocimiento general la gran diversidad de historias de vida que suceden en cualquier río, pozo, estero o laguna, sería más sencillo protegerlos. Si fuese común saber que los peces son el grupo más diverso de los vertebrados, que existen cerca de 28.000 especies de ellos en el planeta, de las cuales más de 10.000 se encuentran en agua dulce y aproximadamente 1500 habitan los cuerpos de agua de Venezuela, nuestra percepción de cualquiera de estos ambientes seguramente cambiaría. Un pescador estaría de acuerdo en devolver al agua un pequeño pez atrapado en sus redes y permitir que su ciclo de vida continúe, si supiera que sus progenitores hicieron un recorrido de cientos de kilómetros río arriba buscando un sitio apto para su crianza, o si supiera que pasarán varios años para que él o los de su camada puedan traer descendencia, no sin antes haber sobrevivido a las amenazas de depredadores, competidores y cambios en el ambiente que podrían obstruir su camino. La mentalidad de un industrial o un agricultor sería más cuidadosa en el manejo de los desechos químicos de su producción, de saber que en el río que arrastra sus materiales y los “digiere”, se encuentran los peces en cuyos tejidos se acumulan las sustancias tóxicas del agua y que constituyen la carne cotidiana de muchas poblaciones no sólo ribereñas. Tal vez un hombre desistiría de talar los árboles de la ribera o plano inundable de un río, si se enterara que bajo su sombra se refugian las crías de pequeños peces, que en sus raíces se esconde un macho cuidando en su boca los huevos que más tarde se convertirán en alevines, o que el gran trozo de tierra al cual estos árboles dan firmeza, de ser arrastrado por la corriente sería suficiente para taponar las agallas y causar la muerte a cientos de peces río abajo. Si las payaras, rayados, caribes, pavones, coporos, sardinas y otros cuantos, han podido coexistir y mantenerse en estos ambientes aún comiéndose y compitiendo unos con otros, muy seguramente el hombre con su inteligencia puede lograr convivir con estas especies y darle un uso adecuado y sostenible a ellas y a su hábitat.

juhanyta@gmail.com

www.aquatic-experts.com